

qué vives? ¿Para qué amasas tanto dinero? ¿Te crees inmortal? ¡Pues bien! sea, soy tu prisionero... te has amparado de mí... me has vencido... pero espera... ¡quizás pueda escapar!... ¡La última palabra no está dicha! ¡Eh! ¡tú! ¿qué has hecho en la vida? ¿Qué quedará después de tí? Mi padre al menos ha hecho construir una casa; ¿y tú? ¿qué has hecho tú?

Las arrugas del rostro de Maiakín temblaron y se contrajeron, bajándose hacia sus labios, lo que dió á su rostro una expresión dolorosa como si fuese á llorar. Abrió la boca, pero no dijo nada, mirando á su ahijado sobrecogido y casi con temor.

—¿Qué dirías tú para justificarte ante el Señor? preguntaba aún Tomás, sin apartar de él sus miradas.

—¡Silencio, perro pillo! gruñó el viejo en voz baja. Y miró con inquietud á su alrededor.

Pero Tomás se levantó de su silla, se encasquetó la gorra en la cabeza, y mirando al viejo con rencor:

—¡Todo queda dicho... me voy!

—¡Vete!... ¡pero te volveré á ver! ¡Yo diré la última palabra! le respondió Maiakín con voz entrecortada.

—¡Voy á divertirme, me arruinaré!

—Está bien... ¡se verá!

—¡Adiós! héroe... dijo con sarcasmo Tomás.

—¡Hasta pronto! No me desdigo... es mi divisa... y te quiero á pesar de todo... aunque seas una bala perdida.

Maiakín hablaba en voz baja y ahogada.

—No tienes necesidad de quererme. ¡Instrúyeme sólo! Pero he ahí... la ciencia verdadera no la conoces tampoco, le dijo Tomás volviéndole la espalda.

Y se alejó del salón.

Jacobo Tarasovitch Maiakín quedó solo.

Apoyado sobre la mesa, trazaba, con el dedo mo-

jado en vino, dibujos en el platillo. Su cabeza puntiaguda bajaba más y más, como si no pudiese distinguir lo que su dedo nervioso iba trazando. Gruesas gotas de sudor se escapaban de su frente. El restaurant estaba lleno de un rumor sonoro que hacía temblar los cristales de las ventanas.

Del Volga subían los silbidos estridentes de los barcos, los golpes sordos de las ruedas batiendo el agua y la llamada de los hombres que descargaban las barcasas. Era la vida que seguía su curso, sin un segundo de vacilación ni de fatiga. Maiakín hizo una seña al camarero, llamándole, y le preguntó con voz particularmente imponente y sin esfuerzo:

—¡La cuenta!

X

Antes de su disputa con Maiakín, Tomás, cansado ya de la vida, entregábase á la licencia más vergonzosa. A partir de este día, se abandonó á su destino con bríos de desesperado, el corazón henchido de un sentimiento de venganza rencorosa contra los hombres y de un desprecio insolente del que él mismo estaba asombrado.

Algunos días después de su llegada á Kazán, Sacha era la querida del hijo de un fabricante de alcoholes, que era uno de los camaradas de Tomás. Antes de partir con su nuevo amante para alguna villa lejana de la ribera, Sacha dijo á Tomás:

—Adiós, querido. Nos encontraremos quizás un día... nuestros destinos son los mismos. Te doy un consejo: no dejes en libertad á tu corazón. Diviér-

tete sin tasa; después, el vino bebido... la copa rota... ¡adiós!

Y sus labios se posaron, en un largo y profundo beso, sobre los de Tomás, que se sentía dichoso con esta partida, pues ella le aburría y le asustaba con su indiferencia glacial. Pero en el momento de separarse se conmovió; se volvió hacia ella y respondió dulcemente:

—No os entenderéis quizás... tú puedes siempre volver á mí...

—¡Gracias! respondió ella con risa extraña que se asemejaba á un aleteo.

Y la vida de Tomás continuó su curso, produciendo cada día las mismas distracciones, con los mismos individuos, incapaces de inspirar ningún sentimiento elevado.

A menudo, por la noche, á solas con sus pensamientos, los ojos cerrados, veía una inmensa muchedumbre toda negra, tan numerosa que le asustaba, amontonada en el fondo de un abismo, que rodeaban rocas áridas y que obscurecía una nube de polvo. Aquella muchedumbre, mugiente, se agitaba, parecida al trigo echado en la campana receptora de molino. Una rueda invisible los pulverizaba. En las profundidades de aquella masa viva, los hombres desaparecían, engullidos como arrebatados por la piedra; otros, al contrario, eran despedidos á la superficie, como si acabasen de escapar á ella. Esta multitud de individuos tenía también el aspecto de innumerables cangrejos echados en un gran canasto; se movían con trabajo, enganchados los unos con los otros, buscando una salida, librándose asaltos furiosos, sin poderse escapar de su prisión.

Entre ellos, Tomás distinguía rostros conocidos; he aquí á su padre que avanza, se abre paso derribándolos á todos. Se estira de pies y manos riendo

á carcajadas: con su pecho potente aparta todos los obstáculos y desaparece, abismándose en un agujero que se abre bajo su peso; á su padrino, saltando, retorciéndose cual una anguila; se alza sobre los hombros de sus vecinos ó se desliza entre ellos ligero y nervioso. Liubov se desgañita siguiendo á su padre; sus movimientos son bruscos; pero débiles, y la muchedumbre los une y los separa con sonrisa angélica en el rostro, la tía Antheisa avanza á pasos lentos, cediendo el paso á los demás y estando siempre á la mira. Su imagen tiene el resplandor indeciso de la pálida claridad de un cirio en la noche. Pelagia pasa rápidamente sin detenerse... Después Sofia Pavlovna Medinskaia, de pie, rígida, los brazos colgando como aquel día en su salón, la última vez que se habían visto... Sus ojos están dilatados por el terror. Sacha también está allí. Sin prestar atención á los que la empujan, entra indiferente en el seno de la muchedumbre y canta á plena voz, con la mirada, calma y sombría, dirigida al frente.

Un estruendo de aullidos, de risas, de voces aguardentosas, de disputas feroces á causa de dinero, resuenan en los oídos de Tomás: canciones y lágrimas pasan por encima de este hormigero de cuerpos humanos amontonados en aquel abismo, que saltan, caen, se arrastran á gatas, se estrujan, botan, suben sobre los hombros, unos sobre otros, se empujan como ciegos, encuentran siempre seres invariablemente semejantes á ellos, luchan, caen y desaparecen en el vacío. El roce de billetes de Banco entre sí asemeja al vuelo silbador de los murciélagos; los hombres elevan al aire sus manos ávidas. De este amontonamiento de vicios y de ignominias sube el sonido del oro y de la plata, de tapones que saltan y de donde se destaca una voz femenina que canta:

Vivamos así en tanto que esto dura,
y que después todo sea pulverizado.

Esta pesadilla le hacía delirar. Palabras incoherentes, desprovistas de sentido, se escapaban de sus labios; se despertaba anegado en sudor y destrozado por esta lucha.

A veces pensaba que el abuso del vino le hacía perder la razón y que era la verdadera causa de todos aquellos horrores que le asediaban el espíritu. Hacía entonces un violento esfuerzo para desterrar estas escenas y estos sueños; pero apenas se veía solo y no muy bebido, otra vez se apoderaba de él la pesadilla y sucumbía bajo esta fatalidad que pesaba sobre él.

Después de su cuestión con Tomás, Jacobo Tarasovitch volvió á su casa sombrío y abatido. Sus ojos tenían un brillo seco; él permanecía rígido como una cuerda tirante. Las arrugas de su semblante estaban dolorosamente plegadas, su tinte parecía más mate que de costumbre y Liubov pensó, viéndole, que era presa de una grave enfermedad contra la cual luchaba.

En silencio, el viejo medía á grandes pasos la habitación, respondiendo á las preguntas de su hija por frases cortas y duras. Por último, impaciente, exclamó:

—¡Déjame en paz! Ya ves que tengo algo en que pensar, más que en contestarte...

Ella tuvo lástima de él, cuando vió sus ojos verdes tan tristes y desolados. Resolvió hacerle hablar, se aproximó á él bruscamente en el momento en que se sentaba á la mesa, le posó las dos manos

en los hombros, é inclinándose hacia su rostro, le preguntó cariñosamente, inquieta:

—¡Papá! ¿sufre V. verdad?

Sus caricias eran raras; con ellas siempre conseguía enternecer al viejo. No respondía, pero en su interior gozaba. Esta vez, como de costumbre, rechazó su abrazo y le dijo:

—Ponte en tu sitio.. Bien se ve que eres hija de Eva, anda.

Liubov no se alojó; con los ojos obstinadamente fijos en los de su padre, le preguntó, con voz ligeramente alterada por el desvío:

—¿Por qué toma V. ese tono para hablarme como si fuese una chiquilla ó una tonta?

—Porque eres mayor, pero no muy inteligente... En eso consiste... Anda á comer.

Le dejó y se puso á la mesa, mordiéndose los labios.

Contra su costumbre, Maiakin comía con lentitud daba caza á los postres con las púas de su tenedor y los examinaba con obstinación.

—¡Ah! ¡si tu cerebro de aire pudiese comprender los pensamientos de tu padre! exclamó de repente, con profundo suspiro.

Liuba dejó su cuchara, y con lágrimas en la voz, le preguntó:

—¿Por qué trata V. siempre de picarme, papá? ¡No vé que estoy sola! ¡Siempre sola! Debe comprender lo penosa que me es la vida... Nunca tiene para mí una palabra de ternura... ¡Nunca me decís nada! Y sin embargo V. está sólo también... y esta soledad, le pesa... Lo ve... La vida es dura... perc... V. el culpable... Usted solo...

—¡Bah! ¡La burra tomando voz humana! dijo irónico el viejo. ¡Veamos! ¿Qué tienes que decirme?

—Es V. demasiado orgulloso, padre, su talento le extravía...

—¿Y además?

—Está mal... y eso me entristece... ¿Por qué me rechazáis? No tengo á nadie más que á V....

Lágrimas subieron á sus ojos. Su padre las vió y su rostro se contrajo.

—¡Ah! ¡Si no fueses mujer! exclamó. O bien, si tuvieses el talento de Marta la Regente... ¡Ah, Liuba! me burlaría de todos... y á más de Tomás. ¡Ea, no llores!

Ella limpió sus ojos y dijo:

—¿Qué ha sucedido á Tomás?

—Se rebela, ¡ja, ja, ja! Me propuso entregarme su fortuna á cambio de darle su libertad... Quiere buscar su cura... en las tabernas... Eso es lo que ha encontrado, nuestro Tomás.

—¿Y bien? dijo Liuba, indecisa.

Ella quiso dar á entender que el deseo de Tomás era noble y elevado, si era sincero: y no osó expresar su pensamiento, por miedo de irritar á su padre y levantó hasta él, una mirada interrogadora.

—¿Y bien? continuó Maiakín agitado de un temblor nervioso, es el efecto del vino, á menos que—Dios nos libre—esto no sea hereditario. ¿Su madre lo habrá dotado de ideas de su secta... de antiguos creyentes? Si es esta levadura de devoción la que le mueve, tendremos negocio para tiempo. Libraremos más de una batalla. Se ha puesto contra mí, con todas sus fuerzas... su insolencia ha sido bien grande... Es joven... no sabe fingir... dijo: «¡Voy á arruinarme, en la bebida, disiparé todo hasta el último céntimo. ¡Te haré ver locuras!»

Maiakín levantó los brazos por encima de la cabeza, los puños cerrados, con gesto de amenaza furiosa.

—¿Cómo te atreves? ¿Quién ha ganado tu fortuna? ¿Quién la ha levantado? ¿Eres tú acaso? Es tu padre... cuarenta años de trabajo, representa ¿y tú

quieres destruirlo todo? Es un deber de todos sostenernos cuando es necesario, trabajar juntos, marchar adelante, marchar en fila compacta para dar á cada uno el sitio que le corresponde. Nosotros traficantes ó comerciantes hemos llevado durante siglos la Rusia sobre nuestros hombros y aún lo hacemos... Pedro el Grande era un tzar de una inteligencia sobrehumana... nos estimaba en nuestro valor... Nos sostenía. Se imprimieron libros especiales para nuestra educación. Yo poseo un libro editado bajo sus órdenes de Polidor Virgile Urbinsky, sobre descubrimientos científicos... data del año 1720... sí... ¡Es menester comprender eso... Lo ha comprendido... y nos ha cedido la parte del león! Hoy estamos avisados... y nos damos cuenta de la importancia de nuestra situación. ¡Que se nos haga sitio! Hemos puesto los cimientos de la vida, nuestros cuerpos han servido de ladrillos, en nosotros está continuar el edificio... debemos tener libres los codos. He ahí el fin que debemos perseguir... He ahí el problema... Tomás no comprende ni gota... Pero es menester que comprenda y que continúe... Su fortuna es la de su padre... ¡Cuando yo expire la mía se unirá á ella! ¡Trabaja, perro! ¡Y él hace extravagancias! ¡Ah! ¡pero paciencia! ¡Yo te despertaré el espíritu, yo!

El viejo perdía la respiración, la emoción lo ahogaba y sus ojos lanzaban llamas hacia su hija, como si hubiese sido Tomás quien hubiese estado en su lugar. Esta excitación espantaba á Liuba, pero no osaba interrumpirle y miraba en silencio su rostro severo.

—El camino está trazado por los padres, tú debes seguirlo. De que habrán servido mis cincuenta años de trabajo, si no es para que mis hijos continúen mi obra. ¡Mis hijos! ¿Dónde están mis hijos?

El viejo movió la cabeza tristemente, su voz se

alteró y pronunció estas palabras, apenas comprensibles como si hablase con alguien oculto en el fondo de sí mismo.

—Uno... presidiario... perdido... otro... borracho... ¡triste esperanza! Mi hija... ¿A quién legaré yo mi obra? Si tuviese un yerno... Yo me decía: «¡Tomás perderá su corteza: es necesario que la juventud pase... te casaré con él y le daré toda mi fortuna, ten, toma!» Pero, lo veo, Tomás no vale para nada. No veo á nadie para reemplazarle... ¡qué hombres los de hoy! Eran de hierro los de antaño, ahora no son más que de goma. Todos doblan sin ofrecer la menor resistencia... ¿De qué proviene eso?

El rostro del viejo expresaba una decepción amarga y un altivo desprecio. Se hizo atrás con su butaca ruidosamente, se levantó y se puso á recorrer el cuarto á pasos cortos, las manos á la espalda. Movía la cabeza y hablaba con voz donde silbaba la cólera contenida. Liuba, pálida de emoción, sintiéndose impotente y estúpida ante él, escuchaba sus palabras que no eran más que un murmullo y su corazón latía con violencia.

—Heme aquí, sólo... sólo... como Job... ¡Señor!— ¿A dónde iré á parar? ¡Oh... sólo! ¿No soy inteligente? ¿No soy hábil? Pero la vida me ha engañado... ¿A quién favorecerá? Castiga á los buenos y no perdona á los malos... Y nadie puede comprender su justicia...

La joven sentía en el corazón una lástima dolorosa por el viejo, un violento deseo de ir en su ayuda, de serle útil.

Le seguía con ojos ansiosos y le dijo de repente muy dulcemente:

—¡Papá... querido! No se desespere... Taras ¡vi-
ve aún... quizás él...

Maiakín se detuvo como clavado en el sitio y levantó lentamente la cabeza.

—El árbol se ha agostado siendo joven, ya no resistirá... Sin embargo, cuando uno se ahoga se recurre á una paja... Aunque no valga de ningún modo más que Tomás... Gordeieff tiene carácter... tiene la audacia de su padre... Sus fuerzas son grandes. Pero Taras... has pensado en él á tiempo... ¡sí!

Y el viejo que un momento antes gemía lamentablemente, que corría extraviado á lo largo del cuarto como un ratón cogido en ratonera, vino tranquilo y decidido cerca de la mesa, aproximó su butaca con cuidado y se instaló diciendo:

—Será menester probar á Taras... Habita en Usolee en una máquina... He oido decir que fabrica vidrio... Tomaré los informes necesarios... Escribiré...

—¿Permitidme escribirle, papá? dijo Liuba toda temblorosa y roja de placer.

—¿Tú? le preguntó Maiakín.

Después reflexionó y contestó:

—¿Por qué no? Si es mejor... Le preguntarás si está casado... lo que hace... lo que piensa... Sí... Además, yo te daré instrucciones cuando llegue el momento.

—¡No tardéis demasiado, papá! exclamó la joven.

—Lo que es necesario no diferir es el casarte. Tengo á la vista... un rubio... el muchacho no es tonto... aunque de fabricación extranjera.

—¿No es Smolín, papá? preguntó Liuba con curiosidad inquieta.

—¿Y por qué no? dijo Jacob Tarasovitch.

—Nada. No lo conozco, respondió Liuba de un modo evasivo.

—No lo conocerás... Es tiempo, Liuba, es tiempo. No contemos ya con Tomás... aunque no lo abandonemos. En cuanto á él...

—Yo no he contado nunca con Tomás... ¿Qué me importa?

—Mal hecho... ¡Si hubieses tenido talento, no se vería él como se vé, quizás! Cuando os veía á los dos me decía á veces: Ella se apegará al muchacho. Mi casa estará así bien dirigida... Pero me he engañado... yo creía... que comprenderías tus intereses sin que fuese necesario ponerte los puntos sobre las íes. ¡Eso es hija, mía! terminó con acento doctoral.

Estas palabras la dejaron pensativa.

Sana y fuerte, la idea del matrimonio, en estos últimos tiempos, la preocupaba muy á menudo. Era, en realidad, la sola manera de poner fin al abandono en que vivía. Sus antiguos proyectos de fuga, de trabajo, de independencias habían pasado con el tiempo, así como se habían formado en su alma, para segregarse en seguida como frutos secos, muchas más ideas y otros deseos violentos pero indecisos y sin persistencia.

En su corazón se despertaban también los tiernos instintos de la mujer y más de una vez la presencia de una joven madre, con un bebé en los brazos, la había llenado de tristeza y de humillación. Su espejo le reproducía un rostro redondo y fresco en el cual dos grandes ojos velados de una sombra violeta, la miraban con lástima; la vida la dejaba á un lado, parecía olvidarla.

En este momento mientras que con oído distraído escuchaba el discurso de su padre, ella trataba de recordar á Smolín. Se acordaba de cuando era colegial: en aquella época, tenía el rostro lleno de manchas rojas y nariz chata. Siempre muy limpio y muy pesado, bailaba mal, parecía muy torpe y su conversación insulsa... Años habían transcurrido. Había viajado en el extranjero, había hecho allí sus estudios, y debía estar muy cambiado. De Smolín su pensamiento saltaba á su hermano y se preguntaba con el corazón oprimido, lo que respo-

dería á su carta. ¿Qué hacía? La imagen de su hermano, tal como ella se lo representaba, borró las de su padre y la de Smolín. La voz de su padre la sacó de su meditación.

—¡Eh! ¡Liuba! ¿en qué piensas?

—En todos los acontecimientos que se precipitan, exclamó sonriendo la joven:

—¿Qué acontecimientos?

—Hace ocho días no se osaba hablar de Taras, mientras que hoy...

—La necesidad hija mía. ¡La necesidad es una fuerza, ella dobla al acero y el acero es un metal resistente! ¡Taras... es necesario verlo! Es la resistencia del hombre lo que constituye su valor... la resistencia á la presión que sobre él ejerce la vida. Si sale victorioso de la lucha: ¡todos mis respetos! Permitidme estrechad vuestra mano y trabajemos juntos... ¡Bah, yo me hago viejo! La vida, sin embargo es más interesante á cada año... ¡le toma uno el gusto! Se querría vivir siempre, siempre estar en acción...

El viejo se lamió los labios, se frotó las manos y sus ojillos brillaron ávidos....

—Vosotros no tenéis sangre en las venas. No esperáis vuestra madurez para poner os fofos como rábanos viejos... Sois incapaces de apreciar las bellezas de la vida... Tengo sesenta y siete años y tengo un pie en la tumba; veo sin embargo que la tierra produce ahora más flores y flores más bellas... ¡Todo se embellece! ¡Qué edificios! ¡qué nuevas herramientas! ¡qué barcos! ¡Y qué esfuerzos de inteligencia se han debido hacer! Se dice: ¡estos hombres son fuertes y hacen fácil la vida! ¡Todo está bien, todo es agradable, excepto vosotros, nuestros herederos, que estáis desprovistos de todo sentimiento, de todo sentimiento de vitalidad! No os importa que un impostor, no os importa que